

laicos camaldulenses
de montecorona

contemplativos
en la vida cotidiana



Presentamos en esta publicación un pequeño trabajo sobre la necesidad de la contemplación en nuestras vidas.

Esperamos que sea un buen instrumento de estudio para todos nosotros.

Fraternidad de Laicos Camaldulenses de Montecorona

Madrid, 30 de septiembre de 2010
memoria de san Jerónimo,
maestro de la contemplación de Dios.

I.

“VENID Y VERÉIS”

Jn 1, 38

La Fraternidad de Laicos Camaldulenses de Montecorona comenzó a caminar el 19 de junio —festividad de San Romualdo— del año 2008, después de numerosas visitas al Yermo Camaldulense de Nuestra Señora de Herrera, en Miranda de Ebro (Burgos).

Todo lo que allí hemos sentido, visto y vivido, no queríamos que se quedase en algo anecdótico, pasajero, sino que pensamos que había que tratar de incorporar estas vivencias a nuestra vida diaria.

En nuestra Fraternidad conviven realidades personales muy diferentes. Hay hombres y mujeres, jóvenes y no tan jóvenes, personas casadas y con hijos, solteras, trabajadores, pensionistas, parados y estudiantes. Algunos estamos comprometidos política o sindicalmente, otros somos miembros de asociaciones de vecinos, de comunidades cristinas, de parroquias, de organismos de defensa de los derechos humanos, de grupos contra la violencia de género, de solidaridad con los pueblos más pobres, de acompañamiento a las personas sin techo, de denuncia de la dramática situación de los cuatro millones de personas sin trabajo, ecologistas, etc. Esto hace que como Fraternidad tengamos una amplia visión de conjunto de la sociedad en la que vivimos y de sus numerosos problemas. A todos nos une el propósito de luchar por *“una nueva tierra”* (Ap 21, 1), pero también el de vivir nuestra existencia en clave contemplativa.

Pero ¿que es la contemplación?, ¿qué entendemos nosotros por contemplación?

Desde los primeros siglos del Cristianismo la contemplación fue entendida de dos maneras diferentes: la greco-platónica y la bíblica.

La contemplación greco-platónica se caracterizó por su carácter individualista —incluso egoísta—, su fuerte trascendencia y su clara orientación a no hacer referencia a la vida cotidiana y a los hechos que en ella se producen. Esta manera de entender la contemplación, con similitudes con la mística oriental del Budismo, del Hinduismo y del Islam, puede llegar a convertirse en una forma de evasión, alejada de la realidad en la que nos movemos.

La otra manera de entender la contemplación es la bíblica, la que podríamos llamar histórica o de compromiso —de entrega a los demás—, que para nosotros es la auténtica contemplación cristiana, pues “*no disocia la teoría de la actividad, el conocimiento de Dios del conocimiento del hombre, el amor a Dios del amor al prójimo*” (Bernard Häring).

La contemplación va unida al vigor de nuestra fe, “*el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve*” (Hb 11, 1), y a la capacidad de esta fe de iluminar la vida y la historia. La contemplación implica tener una experiencia de Dios, real aunque oscura, en todas y cada una de las facetas que componen la vida humana. Él está en todo y en todos.

La experiencia de Dios —revelada en Jesús— se produce de dos maneras, tal y como nos dice el Evangelio: en el encuentro con la persona de Jesús y en su presencia en el “hermano”, muy especialmente en el “pequeño” y en el pobre, los predilectos del Reino y de quienes Jesús se rodeó en su vida pública.

El Nuevo Testamento nos presenta el encuentro con Jesús como la raíz de toda conversión de la fe y de la vida contemplativa. La revelación de Jesús a los hombres y mujeres de su tiempo produjo en ellos un encuentro y una experiencia contemplativa de plenitud.

Complementario e inseparable del encuentro con Jesús es el encuentro con el “hermano pequeño”, tal y como está recogido en Mt 25, 31-40: “*Tuve hambre...*”.

Ambos encuentros son inseparables. El primero resalta que el Cristianismo es trascendente a cualquier realidad temporal; el segundo, que es encarnado e inseparable del amor al hermano. Del primer encuentro se deriva la oración contemplativa y las diversas formas de relacionarnos con el Padre; del segundo, el compromiso temporal como otra forma de experiencia contemplativa. Este segundo encuentro encarna el primero y otorga una dimensión histórica al encuentro con Dios y a nuestra vida de oración.

Históricamente siempre se ha asociado la vida contemplativa a la vida monástica, es decir, se ha hecho de la contemplación una tarea propia de “especialistas”, una función “exclusiva” de los monjes y las monjas, de esos hombres y mujeres que viven en un monasterio, profesan unos votos y una regla, observan un horario

muy definido y sus días transcurren en un clima de clausura, silencio, soledad y recogimiento. Indudablemente, vivir bajo estas condiciones crea un ambiente muy propicio para la contemplación, pero ¿se puede ser contemplativo en medio del mundo, en nuestra vida cotidiana? Quienes por muy distintas circunstancias no podemos vivir en un monasterio, ¿tenemos que renunciar a ser contemplativos?



Padre, me pongo en tus manos

II.

“SI LA VIDA CONTEMPLATIVA SÓLO FUERA POSIBLE DETRÁS DE LOS MUROS DE UN CONVENTO O EN EL SILENCIO DEL DESIERTO, PARA SER JUSTOS DEBERÍAMOS DAR A CADA UNA DE LAS MADRES DE FAMILIA UN PEQUEÑO CONVENTO Y EL LUJO DE UN POCO DE DESIERTO A UN POBRE PEÓN QUE ESTÁ OBLIGADO A VIVIR EN MEDIO DEL RUIDO DE UNA CIUDAD PARA GANARSE DURAMENTE EL PAN”. *Carlos de Foucauld*

Carlos de Foucauld —quien en alguno de sus escritos cita a San Romualdo y al Beato Pablo Giustiniani—, y los continuadores de su obra, especialmente, Rene Voillaume, la Hermanita Magdalena de Jesús y Carlo Carretto, fueron pioneros a la hora de plantear la idea de ser contemplativos en medio del mundo, de considerar que las grandes ciudades, los lugares de trabajo o cualquier situación concreta de nuestra vida diaria pueden ser el claustro en el que desarrollar nuestra vida contemplativa y nuestros hogares una celda monástica. A ellos tenemos que agradecerles que con su ejemplo nos demostraran que no es imprescindible vivir en un monasterio para ser contemplativos, aunque estos son lugares privilegiados para hacerlo. Ser contemplativos entre las ocupaciones familiares y profesionales, los ruidos, los agobios, las prisas, las multitudes, el

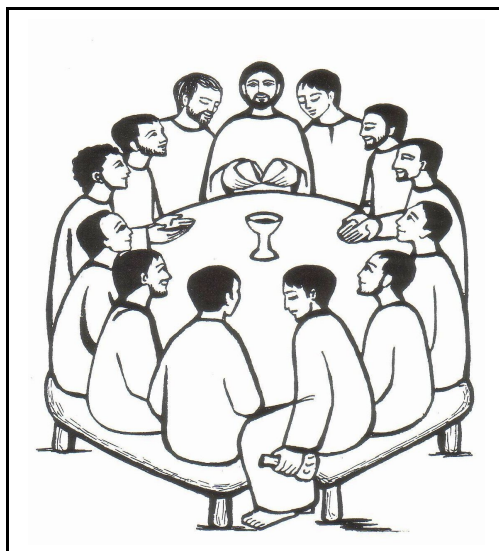
bombardeo constante de imágenes y mensajes publicitarios, el individualismo, el hedonismo y el materialismo que caracterizan a nuestra sociedad, no es nada fácil, pero tampoco resulta imposible. Cómo escribió el P. Voillaume, se puede ser contemplativo “*en el corazón de las masas*”, “*en medio del mundo y compartiendo la condición de la gente pobre*”.

El Dios que experimentamos forma parte de la Historia, se nos revela y lo experimentamos en el interior de la Historia, encarnado en situaciones concretas y reales. Las ocupaciones ordinarias, de trabajo, de vida familiar y social, con actividades humanas, oscuras, sencillas, comunes a todos los hombres y mujeres, que llenan las veinticuatro horas del día, son válidas para vivirlas como Jesús nos enseñó, tomando al pie de la letra el Evangelio, pues “*en Él vivimos, nos movemos y existimos*”(Hb 17, 28).

Por eso para nosotros, la contemplación —don gratuito del Espíritu— equivale a descodificar la realidad en clave cristiana, viviendo muy atentos a la escucha de la Palabra, con fe y confianza, para ver siempre en ella la presencia de Dios. La oración es una forma indispensable y privilegiada de la contemplación, un momento muy intenso de la vida de fe. En la oración “*adoro, confieso, doy gracias, invoco, espero y deseo*” (Beato Pablo Giustiniani).

Esta presencia se nos revela constantemente en nuestros hermanos, lo que nos hace ser muy sensibles a sus sufrimientos, necesidades, inquietudes y problemas y nos empuja —para ser coherentes y honestos— a ser solidarios con ellos, a ponernos de su lado, porque la contemplación no es solo descubrir la presencia de Dios en el otro (“*a mi me lo hicisteis*”), sino también una llamada a luchar en su favor (“*lo que hicisteis*”). En las Bienaventuranzas Jesús se nos hace “hoy” presente a cada uno de nosotros cuando en nuestro camino diario nos encontramos con un pobre que no tiene para comer o donde vivir, con alguien que llora, con quien está solo y marginado, con el que tiene hambre y sed de justicia o con el que es perseguido injustamente. “*Os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis. Puesto que sabéis esto, dichosos vosotros si lo ponéis en práctica*” (Jn 13, 15-17).

No queremos que nos pase como a los discípulos de Emaus, cuando “*el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, pero sus ojos no podían reconocerle*” (Lc 24, 15-16).



III.

“**LO ESENCIAL ES INVISIBLE A LOS OJOS;
SÓLO SE VE BIEN CON EL CORAZÓN**”.

Saint Exupery

¿Cómo podemos ser contemplativos en este mundo atravesado por una tremenda crisis económica, con millones de personas viviendo en situación de pobreza, con el protagonismo de ideologías que fomentan el individualismo, la insolidaridad, la competencia salvaje y el afán de lucro, con nuevas formas de esclavitud, el nulo respeto a los derechos humanos o con el auge de los integristas religiosos?

Como Laicos Camaldulenses de Montecorona, creemos que hoy más que nunca se hace necesario tener una actitud contemplativa en la vida, y nosotros tomamos como guía para desarrollar esta actitud lo que hemos visto en nuestras visitas al Yermo de Nuestra Señora de Herrera, lo que allí hemos aprendido de los Eremitas Camaldulenses de Montecorona, y lo que nos enseña la doctrina del Beato Pablo Giustiniani, adaptándolo, lógicamente, a los hechos y situaciones que vivimos en nuestro día a día. Queremos vivir contemplativamente con los hermanos, porque cuanto más nos acercamos a Dios, más necesidad tenemos de acercarnos a los hombres, en palabras de Doroteo de Gaza: *“Imaginad que el mundo sea un círculo en cuyo centro esté Dios, y que los rayos sean los distintos modos de vivir de los hombres. Cuando los que, queriendo acercarse a Dios, se dirigen al centro del círculo, al*

mismo tiempo se acercan también entre ellos. Cuanto más se acercan a Dios, más se acercan los unos a los otros. Cuanto más se acercan los unos a los otros, más se acercan a Dios". (Instrucciones, VI)

Ya sabemos que Dios se nos revela a través de Jesús —“...yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él. El que me ama guardará mi Palabra, y mi Padre lo amaré, y vendremos a él, y haremos morada en él” (Jn 14, 20-23)—, de dos maneras: una íntima y personal, y la otra por medio de todas aquellas personas que salen a nuestro encuentro.

Pasos imprescindibles que hay que seguir para que se produzca nuestro encuentro personal con Jesús:

- ❖ **ORACIÓN.** A lo largo del día rezamos la Liturgia de las Horas, especialmente Laudes y Vísperas. También rezamos alguna oración particular por las intenciones que cada uno crea más conveniente. Tratamos de mantener siempre una actitud de humildad, de sencillez, de abandono a la voluntad del Padre, de agradecimiento por todo lo que nos ofrece, de pedirle perdón por todas las veces que pecamos y de alabanza por su infinita misericordia.
- ❖ **MEDITACIÓN.** Un momento del día lo dedicamos a meditar sobre aquellos hechos que nos han ocurrido en el trabajo, en nuestra vida familiar o en nuestras relaciones con los hermanos. Reconocemos nuestra pequeñez. La Palabra nos ayuda e ilumina en esta tarea.
- ❖ **LECTURA.** Un espacio diario lo ocupamos en la lectura de aquellos textos que fortalecen nuestra fe, nos forman espiritualmente y nos ayudan a seguir construyendo el Reino. La Biblia es nuestra compañera inseparable.
- ❖ **SILENCIO.** En medio de nuestras tareas habituales buscamos el silencio interior y exterior para captar con mayor nitidez lo que el Padre quiere de nosotros. María es el espejo en el que debemos mirarnos constantemente.

- ❖ **SOLEDAD.** Tratamos de encontrar un tiempo de “desierto” para estar a solas con Jesús y que nos sirva para alimentar nuestra relación personal, íntima y privada con Él. Normalmente el mejor momento para ello es al final de la jornada, pero cada uno de nosotros es libre de adaptar este tiempo de soledad al ritmo de su vida.

Algunas actitudes para fomentar el encuentro con Jesús en nuestros hermanos:

Como contemplativos debemos transparentar el Evangelio en la totalidad de nuestra vida y optar, decididamente, por asumir una serie de valores que son antagónicos con los que imperan —de manera abrumadora— en nuestro mundo.

- ❖ A la explotación, el egoísmo y el individualismo, oponemos los valores de justicia, entrega y conciencia social.
- ❖ Al afán de lucro, comercialización y acaparamiento de bienes, oponemos el reparto y valoración del trabajo, de lo gratuito y de un deseo de compartir con todos.
- ❖ A la “sociedad de consumo”, oponemos una sociedad basada en la producción de los bienes necesarios y su justa distribución entre todos.
- ❖ Al lujo, al derroche y al despilfarro, oponemos una disciplina de austeridad.
- ❖ Al menosprecio y la indiferencia ante el débil, el oprimido y el marginado oponemos el respeto, la acogida y la comprensión para toda persona.
- ❖ Al derecho que da el poder, oponemos la igualdad de oportunidades que surge de la misma dignidad de todo hombre.
- ❖ Al privilegio que da el dinero y la autoridad arrogante y prepotente, oponemos la voluntad de servicio fundada en el amor.

Si somos capaces de transmitir todos estos valores, podremos reconocer en el rostro de nuestros semejantes el rostro de Jesús crucificado y resucitado. Progresando, con la gracia de Dios, por este camino contemplativo, queremos llegar a ser hombres y mujeres dispuestos a cumplir la voluntad del Padre y estar disponibles y abiertos a las necesidades de nuestros hermanos.

Ideas prácticas:

“Así también es muerta la fe sin las obras” (St 2, 26).

Ofrecemos algunas propuestas de acciones sencillas, ordinarias, que podemos llevar a cabo para manifestar nuestro compromiso solidario con quienes viven a nuestro alrededor, y que es consecuencia lógica de nuestra actitud contemplativa.

- ❖ Tener a la vista una hucha, con un texto o una foto que nos motive, para destinar su contenido a tareas solidarias.
- ❖ Procurar no comer o beber innecesariamente. Otros no pueden ni tan siquiera comer regularmente, ni beber cuando lo necesita su organismo. Ayunar voluntariamente, ayuda a conocer personalmente lo que sienten millones de personas en el mundo todos los días. Dominar cuerpo y mente, por amor a Dios y a los demás. Y ese dinero que no se gasta, meterlo en la hucha.
- ❖ A la hora de comprar ropa o calzado, pensar en su utilidad y no en si está de moda. Nos costará tres veces más, y ese dinero podemos emplearlo mejor.
- ❖ Cuando tengamos que comprar un regalo o felicitación, hacerlo donde sepamos que nuestro dinero va a servir para apoyar a otros hermanos que lo necesitan.
- ❖ Evitar comprar a multinacionales o empresas que conozcamos que explotan a sus trabajadores o perjudican el medio ambiente.
- ❖ De vez en cuando renunciar voluntaria y conscientemente a cosas tan habituales como ir al cine o tomar un refresco. Utilizar ese tiempo y dinero en los que ven la vida a través de la pobreza, el dolor y la marginación.

- ❖ Buscar el contacto con los sin techo, mendigos, marginados y olvidados de esta sociedad. No huir de su presencia, sino demostrarles con nuestra compañía que los valoramos como personas, como hermanos, hijos que somos del mismo Padre.
- ❖ Ser solidarios en el trabajo, en los estudios, con los vecinos y con los amigos y conocidos. Hacer lo que nadie quiere hacer, por egoísmo, presunción o vanidad.
- ❖ Dedicar parte de nuestro tiempo a colaborar en centros de ayuda a los más débiles: hospitales, albergues, asilos, psiquiátricos, cárceles, comedores sociales...
- ❖ Si disponemos de un dinero extra o que no esperábamos, no especulemos con él, lo podemos invertir en entidades que trabajen para los más desvalidos. Si necesitamos dinero, acudir a la hucha. No se trata de no gastar, sino de no derrochar, y ese poco de lo nuestro darlo a quien lo necesita más que nosotros.

Terminamos estas notas, estos breves apuntes sobre como ser contemplativos en medio del mundo, con unas palabras de San Juan, el gran místico del Evangelio, que son la definición más exacta de la síntesis entre contemplación y acción, entre cielo y tierra, entre el hacer y el ser: "*Permaneced en mi amor*" (Jn 15, 9).



BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

—Religiosidad popular y pastoral

Segundo Galilea

Ediciones Cristiandad, Madrid, 1980. 327 pags.

—Hacia la contemplación

José Fernández de Retana

Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1992. 271 pags.

—Obras espirituales. Antología de textos

Carlos de Foucauld

San Pablo Editorial, Madrid, 1998. 281 pags.

—En el corazón de las masas

Rene Voillaume

Ediciones Studium, Madrid, 1973. 444 pags.

—Jesús señor de lo imposible

Hermanita Magdalena de Jesús

Boletín "Iesus Caritas", 5/94, Murcia. 40 pags.

—Cartas del desierto

Carlo Carretto

Ediciones Paulinas, Madrid, 1977. 206 pags.

—La Congregación de los Ermitaños Camaldulenses de Monte Corona. Apuntes de historia y espiritualidad

Yermo Camaldulense de Nuestra Señora de Herrera.

Miranda de Ebro (Burgos), 2006. 64 pags.

—Constituciones de la Congregación de Eremitas Camaldulenses de Montecorona

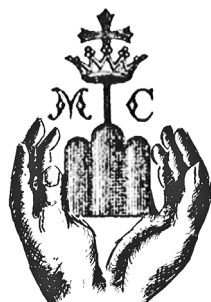
Yermo Camaldulense de Nuestra Señora de Herrera. s/f, 102 pags.

—Elogio de la vida oculta

Un Eremita Camaldulense de Montecorona.

Ed. privada para uso de la Fraternidad de Laicos Camaldulenses de Montecorona.

Traducción del italiano del P. Antonio Alba. Madrid, 2004. 94 pags.



**FRATERNIDAD
LAICOS CAMALDULENSES
MONTECORONA**

frat.laicoscamaldulenses@gmail.com
tf. móvil 600 692 039